

# Las raíces abiertas: Partículas y particularidades en *Diáspora* de Jaime Araya

JOAQUÍN EMMANUEL DE LA TORRE HERRERA

JOAKYNO.DELATORRE@GMAIL.COM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

## **Resumen**

El año pasado se publicó en México el libro del poeta chileno, Jaime Araya. El ensayo que se presenta es una lectura de su libro a partir de los estudios postcoloniales y los estudios culturales, principalmente. Esto con la intención de inentivar el diálogo en cuanto a los temas, pensando sobre todo en la literatura contemporánea que se produce actualmente.

## **Palabras clave**

Poesía chilena, Latinoamérica, Chile, Postcolonialismo, Indigenismo

**I**  
**R**ecuerdo que alguna vez en la universidad, al finalizar clase, le pregunté a mi maestro cuál creía que era la razón de que en Chile hubiera no sólo muchos poetas, sino muchos buenos poetas. La respuesta fue simple: *porque son bien luchones*. No cabe duda de que el libro de Jaime Araya no es la excepción. *Diáspora* es un libro que no se rinde. Como el título sugiere, la lectura de los poemas será un recorrido que empieza con un pequeño “movimiento” el cual impulsa las cinco partes restantes que se dispersan como un virus o, en su defecto, como una semilla.

Tendríamos que recordar, para empezar, que las letras latinoamericanas brotaron en medio de la sangre de lo que mucha gente, pese a las estadísticas, se niega a llamar genocidio —basta revisar un libro de historia para comprobar que se sigue maquillando el suceso con la idea de *conquista militar*. Posteriormente terminaron de germinar —con sus maravillosas espinas y colores— en una violenta y drástica imposición colonizadora que relegó muchas voces, sobre todo las de aquellos humanistas que ya reconocían la valiosa *otredad* con la que se encontraban conforme profundizaban las exploraciones de esta tierra.

A pesar de todo, la sociedad latinoamericana logró preservar la pluralidad de usos y costumbres —al tiempo que surgían también otras— y por tanto de lógicas que a la fecha complican hablar de una identidad única. Incluso no falta quien habla de Latinoamérica como una sociedad “barroca”: ideal opuesto al europeo en donde la identidad de las naciones modernas presumía una homogenización de la sociedad y sus valores.

Hay que recordar que ante esta pluralidad lo que predominó fue la práctica sistemática de una

violencia económica, social, cultural, epistémica y espiritual sobre las sociedades nativas de América, entendiendo la violencia, según señala Bolívar Echeverría, como la cualidad propia de una acción que se ejerce sobre el otro para inducir en él por la fuerza —mediante una amenaza de muerte— un comportamiento contrario a su voluntad, a su autonomía y que implica su negación como sujeto humano libre.

A esto, Jaime Araya apunta en su poema, “Casa imbunchada”, que incluso la historia oficial sigue tomándolo como un suceso “natural” que ya pasó: “los que habitan en el significado de familia/ sólo se han convertido en significantes fantasmas,/ en una herida simbólica/ que debemos cargar/ contra toda voluntad y acierto.”, pero en realidad, sólo ha sido “olvidado”, o pretende serlo, por estos mismos discursos oficiales “que no dicen nada,/ sólo reproducen discursos ajenos” pues a la fecha “nos duele convivir/ con las llagas disfrazadas”, ya que “el único gesto de familiaridad ha sido/ invitarnos a esta danza,/ a iniciarnos en el ritual,/ a tomarnos la casa,/ a desposeer el cuerpo/ y anudar el alma.”

## II

Kürruf me invocó,  
 me invitaba a ser parte de la diáspora,  
 de sentir cómo mi cuerpo se hacía polvo  
 y se repartía por toda la geografía,  
 cómo se mezclaba por los bosques  
 y las piedras.

El título *Diáspora* puede tomarse en la acepción de la dispersión de un pueblo por diversos lugares del mundo como la de los judíos después de la destrucción del reino de Israel o como la de los pueblos originarios de Latinoamérica tras el genocidio posterior al arribo de los españoles.

Sin embargo, también podríamos tomar la acepción que refiere al conjunto de comunidades de un mismo origen o una misma condición establecidas en distintos países. Y es que bajo la visión colonizadora de ciertos sectores políticos y sociales, justificándose como portadores del “espíritu civilizado”, ha perdurado una idea de servidumbre natural de carácter aristotélico en donde lo “justo” y “beneficioso” es que unos pueblos manden y los barbaros obedezca; que unos dicten y otros hagan:

Nos acusó de dementes  
creyendo que con eso  
ya no tendríamos voz.

En esta anulación de otras formas de concebir la vida —dada por un sistema racionalidad e instrumental que se sustenta, principalmente, en la idea de que la construcción del conocimiento absoluto y verdadero se debe gracias a una forma diáfana, lógica (matemáticamente) y escrita— está, por otro lado, la posibilidad de preservación y de resistencia pues, aunque no gozan de reconocimiento, escapan a su sistema y sus leyes:

pero estaba equivocado  
porque nosotros no queríamos hablar  
sino queríamos expresarlo con el cuerpo  
como parte de un todo,  
alejándonos de la racionalidad,  
del entendimiento humano,  
de cómo concebir el mundo  
porque el mundo no es algo natural  
[...]  
Prometeo bien sabía el desastre  
la casa sería quemada  
y luego sumergida.  
[...]

La carroña de Fuerza y Violencia  
no puede ser más que una verdad.  
Detrás de ellos está el Omnividente

y todos los caminos llegan a él.

Prometeo sabía bien esta situación  
y por eso quemó la casa  
porque el Omnividente puede ver todo lo que  
sucede  
pero es incapaz de saber lo que los otros piensan  
o premeditan.  
Prometeo es el previsionario,  
[...]  
y en pro de protegernos,  
como un mártir  
nos entregó su cuerpo condenado  
y sus ruinas como parte  
de nuestra cura a la ceguera.

Por ejemplo, en esta privación de reconocimiento cabría mencionar al héroe: la idea de héroe es un término reservado únicamente para el hombre “civilizado” que tiene el valor de defender su patria. Si el oprimido osa hacer lo mismo contra las naciones modernas, será un rebelde o un traidor. Al bárbaro, al otro, al indio se les niega la posibilidad de tener valores nacionales, pues civilizar es la forma en la que se legitima el colonialismo.

### III

La diáspora a la que hace referencia el título de Jaime es a la de ese origen indio, por supuesto, pero además incluye la condición de oprimido. Los indios nunca existieron en América más que en la imaginación del europeo pues la identidad del indio no es otra cosa que un retrato artificial, una imagen impuesta. No es una denominación racial ni banal: indio es simplemente la designación del vencido. Por esto mismo el indio surge con la conquista: su existencia inició cuando los habitantes de las civilizaciones originarias, los antiguos pueblos y tribus dejaron de ser culturas para

transformarse en castas dentro del sistema monárquico:

Desde la otra orilla te contemplo  
tan ensimismada, aullando en lo alto,  
pidiendo a gritos la palabra *Disculpa*  
pero dicha palabra no puedo entregártela  
porque no alcanza para hacerla puente,  
no tengo el don de modularla  
ni sé cómo es su arquitectura.

Disculpa lleva consigo un peso  
que no sólo hace tatar las heridas  
como si fingiésemos que somos ciegos

*Pero hace tanto de eso. Vivimos en una época democrática, alejada de la monarquía, en una sociedad incluyente, dirán las almas despistadas que no saben muy bien por dónde van pisando. Es cierto que hace más de dos siglos ocurrieron la mayoría de las independencias de América Latina, pero éstas no resolvieron ninguno de estos problemas. Incluso habría que decir que crearon otros al definir límites y fronteras, es decir, al separar pueblos que se sentían uno: los incas, por ejemplo, fueron repartidos en Colombia, Ecuador, Perú y otros países:*

Disculpa no puede ser jamás transformada en  
puente  
porque no hay dos pilares que la sostengan  
sino muy por el contrario,  
Disculpa está condenada a ser trampolín  
o un burdo juego de infancia  
en donde te balanceas.

Una de las dos partes cae  
mientras la otra se eleva.

Basta ver el documental de *Calafate, Zoológicos Humanos* de Hans Mülchi para darse cuenta de que el libro de Jaime Araya nada tiene de anacrónico ni anticuado. Por el contrario, resulta

un libro indispensable para poner sobre la mesa problemas que aún a la fecha se dejan de lado. Resulta, al mismo tiempo, un libro indispensable para crear puentes con nuestra realidad mexicana que no es distinta y que poco a poco se ha ido distanciando más de su historia como nación latinoamericana.

#### IV

Ya hace unos años Mariátegui apuntaba que la mayor injusticia en que podía incurrir un crítico —y en este caso un escritor y un lector— es una condena apresurada a la literatura indigenista ya fuese por su falta de autoctonismo o la presencia de ciertos elementos de artificio tanto en la expresión como en la interpretación. Para el crítico peruano, la literatura indigenista no podía dar una versión auténtica del indio: hacer literatura indigenista era idealizarlo y estilizarlo. Era una literatura incapaz de darnos cuenta del espíritu por ser una literatura de mestizos. De ahí que el crítico haya planteado una división entre literatura indigenista e indígena. Sin embargo, consiente de su entorno, Mariátegui sentenciaba que si una literatura indígena debía llegar, vendría a su tiempo. De igual forma, después de autores como José María Arguedas, Manuel Scorza, Guamán Poma, el Inca Garcilaso o Roa Bastos, por ejemplo, no falta quien diga que el tema ha sido superado —igual que si fuese una moda— y que resulta incluso ocioso seguir hablando de ello y más aún seguir haciendo literatura de este tipo.

A eso responde el libro de Jaime. Sobre todo en los primeros poemas pues en muchas ocasiones se cree que un libro de poesía indígena debe empezar, sobre todo por filiación histórica, con un tratamiento precolombino, como si sólo se pudiera acceder a esta literatura de una forma arqueológica. Es como si la literatura indígena hubiera sido clausurada a partir de la conquista, sólo para ser mencionada espontáneamente como

coordenada cronológica. Incluso las literaturas indígenas que no son “prehispánicas”, en lugar de ser literatura se califican tan sólo como una manifestación folclórica. Como si el valor de identidad sólo se pudiera rescatar en un archivo muerto. A esto, el libro de Jaime responde con unos poemas escritos en mapudungun desde el presente, con la lengua viva en la boca la cual ha ido aprendiendo en los últimos años. Por otro lado, la segunda parte muestra cómo el mapudungun se mantiene vivo, no sólo como lengua aislada y encapsulada, como objeto de museo detrás de un vidrio, sino como cualquier otra lengua: interfiriendo y enriqueciendo el castellano.

Aunque los poemas de la primera parte, “Kiñe dngu piam” o “Una cosa sólo diré”, son poemas escritos en mapudungun, al utilizar este código lingüístico el poeta no pretende excluirnos totalmente ya que nos ofrece una traducción propia en la que no nos queda más remedio que confiar ciegamente. Y digo ciegamente porque a menos de que conozcamos la lengua no sabremos si el autor nos es “fiel” o si lo que leemos en español está bien entendido. Esto lo menciono debido a que si nos remontamos a las prácticas similares que los indígenas utilizaron en el siglo XVI para ocultar información y tradiciones a los religiosos españoles, no podemos tener certeza de si la traducción de Jaime se nos presenta con una sonrisa pícaro o como un acto de total generosidad.

No obstante, así como la lengua sirve para comunicarnos, para crear puentes, para forjar comunidad, para proteger, también puede servir para excluir, estigmatizar, discriminar e incluso aislar. Esto último llega a tal grado de que hay quienes reniegan ferozmente de su lengua materna, ejemplo que podemos ver claramente en muchas partes de nuestro México y que ya ha llevado a la pérdida de varias lenguas. Ante esto, el

poeta chileno recalca la importancia de recuperar la lengua de sus abuelos pues además de todo el conocimiento e ideas que resguarda, también ha sido instrumento para que comunidades enteras se resguarden y resistan. Cosa que dice, por supuesto de una manera muchísimo más bella, en su poema “Fey mew may perimontumen”:

Meñkuyawülken tañi mapu,  
fey kidu tañi trekamum  
poyekefiñ ganfill pu peskiñ,  
puken tuku nien  
Taiñ kom dugu mele lai kitral.  
Fey mew may perimontumen.

La traducción del título es: “Allí tuve una visión”

La traducción del poema es: “Llevo mi tierra sobre mi espalda,/ la misma por donde camino,/ admiré la humildad de las violetas,/ conservé el eco de un nombre./ En nuestra palabra no hay fuego./ Allí tuve una visión.”

Como ya señalé, esta primera parte del libro es un regreso del poeta a la lengua de sus antepasado; es abrirse a la búsqueda de una plenitud que su entorno pluricultural le exige. Volver a la lengua es volver a las raíces y, sin embargo, ese retorno no deja de ser doloroso pues detrás de esas palabras en mapudungun hay una historia muy dolorosa. Hay un intento de liquidación, hay —volviendo a utilizar una palabra más exacta— un genocidio. La cicatrización llega lentamente, pero detrás sigue la carne latente, sigue la lengua al rojo vivo y el poeta está “escuchando su palpitar”. Aunque esta exploración es una necesidad, llamémosle, ontológica, las siempre acechantes dudas no dejan de manifestarse pues el poeta latinoamericano transita en una realidad colmada de tensiones, cosa que podemos ver claramente en su poema lleno de preguntas “Kiñe dngu

piam”.

## V

Desde los años veinte se advertía la urgencia de un sistema crítico capaz de dar razón de las literaturas heterogéneas, es decir, de literaturas situadas en el conflicto de dos sociedades y dos culturas. Esto a su vez a dado paso para que se pueda discutir la representatividad de la literatura culta, es decir, la capacidad que tiene de representar la totalidad social, incluyendo a los grupos cuyas literaturas han sido marginadas. Aunque el indigenismo e incluso la gauchesca y el negrismo, lograron integrar aspectos de ciertas clases oprimidas, también es cierto que —volviendo a Mariátegui— una cosa es la literatura indigenista y otra, completamente distinta, la literatura indígena.

Sin embargo, el conflicto no es tan simple. Hay que señalar que la confrontación de dos lenguas implica la confrontación de dos procesos de formación identitaria —partiendo, por ejemplo, desde la dicotomía entre oralidad y escritura— lo cual implica dos racionalidades que resultan, en muchos aspectos, antagónicas. Resulta obvio que ningún sistema puede ser representativo de América Latina ni cubrir por sí mismo el vasto y singular campo de las literaturas latinoamericanas:

Ayekawe

Extranjero, no toques lo ajeno.

Ya te lo hemos dicho muchas veces:  
no queremos Tregua, porque acá Trewa  
significa “perro”.

No me pidas que toque mi música para tu  
diversión,  
porque ésta se ha ido en la nostalgia.  
Pan y circo piden los occidentales  
y yo les doy maldiciones en mi lengua

Esto no clausura, por supuesto, la posibilidad de explorar la riqueza que hay en las distintas tensiones ni el diálogo. Por el contrario, durante los dos últimos siglos pasados se privilegió la idea de una literatura nacional y sus derivados en la historia literaria, sin embargo, esto presentó y reveló los confusos vínculos que hay entre nacionalidad y cultura. Esta propuesta, a diferencia de la de Jaime, parecía garantizar la construcción de una identidad relativamente autónoma, homogénea y coherente, pero al mismo tiempo fue incapaz de una totalidad suficiente como señala el poeta chileno:

Porque se convive con ausencias todo día,  
porque no podemos modular  
la palabra familia  
sin pensar en abandono.

[...]

Nos duele convivir

[...]

con bocetos o trazos de ojos  
que no ven

y bocas dibujadas

que no dicen nada,

sólo reproducen discursos ajenos.

[...]

El único gesto de familiaridad ha sido  
invitarnos a esta danza,  
a iniciarnos en el ritual,  
a tomarnos la casa,  
a desposeer el cuerpo  
y anudar el alma.

Es aquí donde la riqueza del libro del chileno Jaime Araya se asoma de nuevo, pues volviendo al sugerente nombre, el poeta integra en su obra todas las diásporas que lo conforman — hombre universitario, mestizo, joven— no en un sistema coherente ni homogéneo, sino a través de sus tensiones y contradicciones. Es decir,

los poemas de Diásporas pertenecen a varios sistemas literarios que la crítica más tradicional y conservadora ha tratado de mantener distantes, pero que son parte de la heterogeneidad de Chile y, por supuesto, América Latina. Sin embargo, estos sistemas no son independientes. Han sido producidos en un proceso histórico común, tanto a nivel nacional como a nivel regional, y se relacionan entre sí mediante vínculos de contradicción, que esa misma historia explica: Diásporas constituye, como libro, una totalidad asimismo contradictoria.

El libro de Jaime le niega validez a los planteamientos que han privilegiado un solo sistema —el culto o civilizado— y de alguna manera convalida el orden social latinoamericano, y chileno, y reafirman sus condiciones de opresión y discriminación. El libro de Jaime supera una idea pluralista que atomiza la realidad y la cultura latinoamericana lo que en cierto modo las debilitaría: por eso no sólo se detiene en la cosmovisión mapuche, sino que, además, muestra su claro contacto con la herencia griega y latina que es tan nuestra como de los poetas europeos; del poema en mapudungun, pasa al diálogos con Ítalo Calvino. El libro de Jaime reafirma con sentido de plenitud, las muchas formas en las que es posible vivir en Nuestra América, es decir vivir de una manera y de diversas maneras; vivir de forma total y desgarrada.

## VI

Los siglos XIX y XX en los países de América no fueron muy diferentes al siglo XVI, pues fue una época llena de enfrentamientos políticos y militares. Aunque en Europa, gracias a un sistema burgués y capitalista, se lograron concebir sociedades más o menos articuladas y homogéneas, en América Latina al concentrarse este sistema principalmente en las ciudades, pudieron persistir distintas formas de producción

económica —como las autosustentables— y de conocimiento en el resto de los territorios. Esto influyó en una desarticulación social, ya que al no formar parte del proyecto de modernización terminaron no sólo desplazadas y sin reconocimiento, sino marginadas y estigmatizadas. Ante toda esta violencia y dislocación social, miembros de La Ciudad Letrada buscaron contribuir a la configuración de una idea de nación que terminara por forjar los procesos de modernización siendo las universidades los principales focos. Ello por supuesto influyó en la problemática cultural. Principalmente podríamos señalar que la escritura —y por tanto toda forma de conocimiento “verdadero y único”— quedó limitada al sector minoritario de la ciudad letrada, que aunque en algún momento quiso ser la voz de una sociedad “total”, nunca cedió la voz. Se debe incluso, a la fecha, “recibir como buena obra /el fármaco”, por ejemplo, pues bien señala el poeta chileno, “la violencia es caricia/ cuando uno nace bajo el atropello”. Ante esto, el poeta nos esboza una hermosa pincelada de rebeldía, y por tanto de esperanza, en su poema “Mala clase”:

Cuando el universo colisione  
y todas las figuritas de yeso caigan,  
los santos abandonen las animitas  
y prefieran habitar los bosques,  
los puritanos abandonen las iglesias  
y se lancen contra el muro,  
las llamas del infierno caigan sobre los impíos,  
las botas se llenen de barro,  
los niños se tomen los países  
y los recorten a su antojo  
quemando las escuelas y todas las instituciones,  
reubicando los mapas sin importar las reglas  
del juego de la “Gran Capital”;  
cuando los ancianos nos tiñamos nuestras  
barbas  
de verde, violeta y naranja



y las mujeres jóvenes lleven sus cabezas rapadas  
 mientras las más ancianas luzcan sus cabelleras  
     pelicanas,  
 recién ahí habremos cumplido nuestra tarea,  
     por ahora sólo nos queda disfrazarnos de  
     maestros eruditos  
 haciendo malas clases incentivadas por el lucro  
 pero que a segundos lancemos una mirada  
     cómplice,  
     reformemos los planes y programas  
 y nos hagamos compañeros de trincheras  
 incitemos a los jóvenes a abandonar sus cabezas  
     y a disfrutar de sus cuerpos  
 que al centro del universo vuelva a ser el  
     corazón  
     y los estómagos,  
 porque siempre hay que comer y refrescarse,  
     disfrutar del verano que viene,  
     abandonar las salas,  
     conversar, reírnos y tomar helados.

Hay que apuntar que la idea de la nación se funda sobre una violencia situada siempre en el pasado, ya olvidada, pues el proceso mismo de evocar esta idea de nación es por medio de un discurso que interpela a los habitantes de la colectividad desde sus muertos y desde la vulnerabilidad que éstos evocan. De ahí que se forme un discurso histórico de manera solemne y “seria” pues la idea de nación es una serie de muertes violentas que provocan un gran duelo colectivo. Se narran estas “heridas” como los recuerdos nacionales, pues los triunfos darían a esta noción telúrica la sensación de que se ha llegado a la meta que quería alcanzarse, mientras que narrar los duelos es más útil porque impone deberes, dan un sentimiento de deuda al sacrificio de estos muertos e impulsan el esfuerzo común en ese proyecto de nación. El duelo colectivo es el resultado de una representación histórica que permite a la nación seguir funcionando como entidad política y económica en la modernidad.

Es por ello que las constantes referencias a la infancia, la lengua y la risa son tan importante en el libro de Jaime, pues si bien “Chile es el virus,/ la enfermedad que nuestras hierbas no pueden curar”, desprender de solemnidad a la nación por medio de pequeños gestos en los poemas, ya sean de alegría o de risa, permite que se adquiera distancia ante ese duelo colectivo que es la nación y se pueda percibir la pluralidad de historias que quedaron sepultadas. Por otro lado, recordar constantemente la infancia y la lengua mapudungun son formas de abrazar el pasado para enfrentarse a ese olvido que da pie a la idea de nación homogénea.

Es abrir las puertas a esos grandes sectores que no se integraron productivamente a la estructuración nacional y percibirlos ya no como un mal, sino como algo que siempre estuvo ahí, pero a lo que constantemente se le dio la espalda. Es presentarnos ya no ante la construcción de una nación frente a los imperios europeos, sino a la construcción de nuevas dinámicas sociales ante un neoliberalismo cada vez más salvaje —como fue el de Pinochet— y una globalización en la que hay que trazar nuevos ideales sociales y de colectividad con urgencia.

## VII

Desde el epígrafe se nos antoja un libro provocador y, de cierta manera, incómodo, pues nos anuncia que las fronteras no serán tan claras —principalmente la dicotómica entre el *civilizado* y el *bárbaro*—, lo cual pone en jaque nuestro lugar en el mundo. Nos damos cuenta de que nuestro lugar en el mundo no se reduce a una simple y ridícula dicotomía: ¿qué me diferencia del otro?, ¿qué me diferencia del bárbaro o del civilizado?, ¿por qué somos diferentes?, ¿qué nos hace iguales? Una gran parte de la tradición crítica latinoamericana se ha situado en esa posición



muy cómoda, es cierto, pero a la vez sumamente dañina. Una dicotomía que desde hace mucho se sabe artificial, y que sin embargo, muchos sectores se empeñan en mantener vigente. Ya lo dijo en algún momento el subcomandante Marcos, el mundo que queremos es uno donde quepan muchos mundos. Es menester construir un mundo donde quepan todos los pueblos y sus lenguas.

El libro de Jaime es un libro que no sólo dialoga con su presente, sino que recorre además distintos siglos. La maravilla de esto en un libro de poesía radica en que el establecimiento de la historia como eje en la reflexión sobre la literatura latinoamericana y sobre sus literaturas regionales y nacionales evidencia que todos estos términos —*civilización y barbarie, esclavo y amo, colonizador y colonizado*, etc.— carecen de ese significado esencialista normalmente referidos al concepto de identidad, y con ello las connotaciones valorativas que vician aún más el asunto. Se muestra por otro lado que tienen una movilidad constante y una fluida capacidad de relación. Son procesos históricos abiertos, no excluyentes,

que pueden articularse entre sí de muchas maneras distintas.

## VIII

No está de más señalar, por último, que *Diáspora* es un obra —como muchas otras grandes del continente— que es a la vez, y sin conflicto alguno, nacional, regional y latinoamericana y esto en medio de una universalidad homogeneizadora contribuye al enriquecimiento del espíritu humano permitiéndole, de esta manera, ser verdaderamente universal.

### **BIBLIOGRAFÍA:**

ARAYA, Jaime, *Diáspora*, México: Ediciones Simiente, 2015.

ECHEVERRÍA, Bolívar, *Valor de uso y utopía*, México: Siglo XXI, 1998.